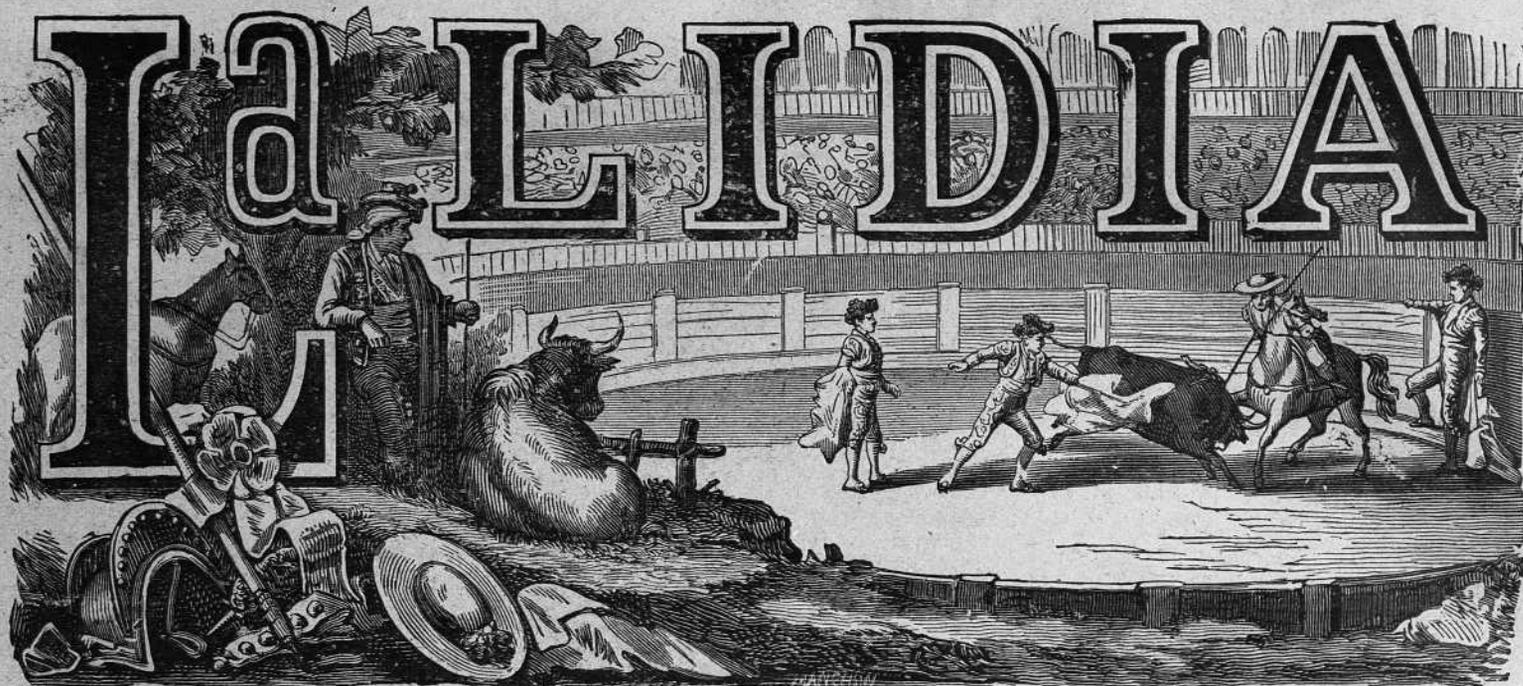


NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.



PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre. . . . Pesetas 2,50  
 Provincias: trimestre . . . . . 3

## REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios. . . . . Ptas. 2,50  
 25 id. extraordinarios. . . . . 5

La Correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

## SUMARIO

Recibiendo, por J. Sánchez de Neira. — Desde París, por Jean Justice. — Toros en Madrid (12ª corrida de abono), por Don Cándido.

## ¡¡RECIBIENDO!!

**N**O sabemos si á nuestros lectores les producirá la noticia el mismo efecto que á nosotros, á quienes nos ha dejado asombrados. De tal magnitud, de tan excepcional importancia la encontramos, que la hemos leído muchas veces para convencernos de que en ella no hay error, ni más intención que la de relatar sencillamente *un hecho*; pero un hecho inverosímil, que, según hemos oído á diferentes personas, resulta cierto en todos sus detalles y circunstancias, y que por lo mismo ha de impresionar fuertemente el ánimo de todos los verdaderos aficionados á las corridas de toros en Europa, Africa y América, y no del resto del mundo, porque allí no conocen tan hermosa fiesta. A unos les hará pensar y reflexionar más de una vez sobre la influencia que puede ejercer en los hombres la variación de clima y de costumbres: otros meditarán sobre la universalidad de aptitudes taurómacas que pueden adquirirse en largo tiempo en luengas tierras y con *largo* ingenio; y no faltará quien diga: «Mientras no lo vea no lo creo.» Más comentarios se harán, y cada uno se despachará en ellos á su gusto, según sus previas aficiones hayan guiado su voluntad en pro ó en contra del individuo que le ha realizado; pero de éstos, como apasionados, no debe hacerse mención, ni tampoco juzgarse *el acto* de otro modo ni bajo distinto prisma que el del arte al que rendimos culto.

Conque ¿han adivinado nuestros pacientes lectores de qué se trata? ¿No? Pues, francamente, siendo el hecho tan sorprendente, por lo nuevo, y habiéndole divulgado la prensa, creíamos que las meditaciones, comentarios y cavilosos pensamientos de que antes hemos hecho mérito, habrían llegado á su apogeo, y que, por lo tanto, sólo veníamos á remachar el clavo, como por ahí se dice. No es asunto de poca importancia para el toreo la realización, ó al menos el conato, tentativa, ó llámese como quiera, de un suceso esperado con ansia desde el día 15 de Octubre de 1865, ó sea desde hace nada menos que 24 años, 8 meses, 23 horas y 37

minutos, y que ya habían creído los aficionados no verle cumplido; tanto era el tiempo que iba pasando. Porque realmente tiene la importancia que le concedemos, nos ocupamos de él, y allá va la noticia que están esperando los que empezaron la lectura del presente artículo y han continuado leyendo:

«Hemos visto en París lo que jamás vieron ustedes en España. Rafael, después de una faena lucidísima, compuesta de seis naturales, tres superiores en redondo y tres cambiando los terrenos, ¡¡citó á RECIBIR!! Como el toro fuese tardo en responder, el maestro *quiso aguantar*: y aunque ni aguantó ni recibió y la estocada que señaló fué algo tendida, el público recompensó sus buenos deseos con una grande ovación.»

Que la noticia es cierta, no tiene duda: la publica un colega acreditado, cuyas referencias son veracísimas, y por eso nuestro asombro es grande y nuestra admiración mayor.

Lagartijo no ha recibido un solo toro de cuantos ha matado durante el largo y honroso tiempo de su vida taurina; y cuando los años pesan más y el entusiasmo se va apagando, acuérdate de que la historia en sus páginas podrá apuntar ese defecto—más grande de lo que se cree generalmente—y se atreve á intentar la suerte suprema del toreo, sin ejecutar la cual no hay torero completo según dijimos hace más de 30 años. Con toda formalidad, y sin reserva de ninguna clase, aplaudimos ese proceder, que demuestra todavía afición y amor propio en un hombre que, valiendo lo que él vale y sabiendo lo que sabe, háse visto condenado, por el fatal ejemplo de su maestro, á matar casi siempre con tranquilo y fuera de arte los toros que le han correspondido. Ha sido tema constante de nuestra pasión por las corridas de toros el elogio de la suerte de recibir, y jamás hemos escatimado los aplausos á cuantos la han intentado mejor ó peor, con más ó menos precisión y arte, porque sentiríamos en el alma que desapareciera, como otras han desaparecido, no precisamente por olvido ni por haberse dejado de ver á otros, sino por falta de voluntad, cuando menos. ¿Qué vería Rafael en aquel afortunado toro que le sugiriese la idea de ejecutar en él la magnífica y sin igual suerte de recibir? Por noble que fuera, claro, boyante y sencillo, ¿no habrá tenido á su disposición otro de las mismas condiciones entre los miles de ellos que ha estoqueado? Y siendo así, ¿qué razones le han asistido para consentir que

los murmuradores le hayan criticado, suponiéndole siempre matador de ventaja puesto que recibiendo toros no la hay ni puede haberla, cuando ha tenido en su mano el hacerlos enmudecer practicándola? ¿A dónde hubiera llegado la fama del célebre torero, si siendo hoy tan grande á pesar de no haberle visto nadie en España esperar un toro, ni dejarle venir, hubiera sucedido lo contrario? Nunca para el bien es tarde; y aunque Lagartijo ya no es joven para faenas taurinas que tienen más mérito cuanto más arriesgadas son, sóbranle todavía facultades para convencer á sus contrarios de que la gente nueva, que viene empujando, podrá hacer mucho y aventajarle hoy en lo que se refiere á agilidad y fuerza de piernas, pero no en la verdad del toreo, si se decide á recibir toros y á parar los pies, olvidando *cuquerías* anteriores. De más edad y con escasas facultades recibió toros Manuel Domínguez, y la gloria que en esa suprema suerte adquirió durará tanto como la fiesta nacional.

Con el *acto* que Rafael Molina ha realizado en la capital de Francia, ha quedado comprometido á intentar recibir reses bravas en España, porque si no lo hiciere, además de no acrecentar su fama, fundándola en sólida base, podrá creerse que la gramática parda, que tan bien conoce, la ha corregido y aumentado, introduciendo viñetas en el texto, para recreo de la gente que se cuida más de la belleza de las ediciones que de la profundidad de la materia de que tratan los libros. Que no se vean obligados los aficionados al arte de Montes á buscar diferencias de Plazas ni de reses, y que el valor y la serenidad, cualidades inherentes á todo buen torero, sean las últimas que pierda el matador que en Madrid ha logrado mayores simpatías.

J. SANCHEZ DE NEIRA.

## DESDE PARIS

Por la acendrada afición que revela en su autor y la robusta argumentación que contiene, insertamos con verdadero placer, la siguiente carta que recibimos de aquella capital:

Al Sr. D. José Sánchez de Neira.

Madrid.

Muy Sr. mío y de mi alta consideración: La campaña emprendida contra las corridas de toros en París por una parte de la prensa parisién, me decide á echar mis cuartillas á la balanza: no precisamente



porque se ataque á las corridas de toros, que no faltará quien las defienda mejor que yo, sino por que los que las acatan no lo hacen con armas legales, haciendo gala en sus diatribas acerbas de un desconocimiento tan completo del asunto, de una ceguera, y, para decirlo todo, de una grosería para con una nación amiga, verdaderamente extrañas en una prensa que, seguramente, se considera como la más culta, inteligente y civilizada del mundo. No estará, pues, demás, evitando caer en las *cualidades* de ésta parte de la prensa, presentar unos cuantos argumentos en sentido contrario, tratando de poner la verdad en su lugar, y probar á la vez, que no todos los franceses piensan del mismo modo.

Sabido es de todo el mundo que las corridas de toros que dan aquí, no son más que una parodia de las que se dan en España, y se asemejan más bien á inspidas mogigangas que á otra cosa. Con los toros embolados, la suerte de pica suprimida, la muerte simulada, ¿quién reconocería en eso una corrida real? Pues á pesar de todos estos paliativos, todavía ponen el grito en el cielo los que se oponen á las corridas, y conste que nadie les obliga á asistir á ellas. Pero estos señores ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo, y lo voy á probar.

En mi vida he encontrado en ningún periódico de aquí protesta alguna contra la caza del ciervo, ni contra la del jabalí, ni contra ninguna otra matanza por el estilo. Pues comparémoslas con las corridas de toros, y veamos en qué consiste la diferencia y quién saldrá ganando todavía con la comparación.

En la caza del ciervo, diversión de que disfrutan solamente aquellos que cuentan con muchos bienes de fortuna, el hombre no puede hacer alarde de valentía, sino de su afán de matar por matar, ya que no expone en nada su persona, dando por tanto al hecho los caracteres de un asesinato. Veamos cómo pasan las cosas.

Ojeado el terreno de antemano por los batidores, se presenta la comitiva montada en robustos corceles, y precedida de numerosa jauría, compuesta de perros cuya hermosura é inteligencia no negarán sus mismos dueños. Empieza entonces una persecución loca, al fin de la cual, rindiendo el pusilánime animal perseguido, y queriendo hacer pagar la vida inofensiva que le tratan de arrebatar, se vuelve para hacer cara á los perros que le acosan desgarrándole las carnes, y haciendo un último llamamiento á sus fuerzas, volteja por el aire á los que más atrevidos se le acercan primero, destripándolos despiadadamente en medio de los aullidos lastimeros de los moribundos, de los furiosos ladridos de los otros, de los ecos ensordecedores de las bocinas y de los gritos de alegría de la comitiva que llega para presenciar y oír el último estertor del animal herido por el cuchillo del cazador. Este es el famoso «Hallal!», tan en boga en el Norte y tan glorificado por poetas y artistas.

Yo quisiera saber qué encuentran nuestros sentimentalistas de menos bárbaro en este espectáculo comparado con las corridas, para que no hayan pensado todavía en pedir su supresión á las autoridades. Cambiando el toro por un ciervo y los caballos por perros, el conjunto presenta más ó menos peripecias de igual índole, con la diferencia que en la caza se mata sin ninguna exposición, por consiguiente, sin gran valor ni mérito, que los rocines medio muertos empleados en las corridas, están sustituidos aquí por perros jóvenes llenos de vida, y por consiguiente, mucho más sensible al dolor, y que, suponiendo que el toro sufra, su agonía es mucho más rápida que la del ciervo.

Todo lo que acabo de decir sobre la caza del ciervo, puede aplicarse igualmente á la del jabalí ó á la de cualquier otro animal de menos bulto. ¿Hay, por ventura, quien crea que la liebre, el conejo ó la perdiz se regocijan al solo pensamiento de ser perforados ó descuartizados por el plomo del cazador. ¿Y qué hace éste de la caza así cogida? ¿Tiene por acaso el cuidado de abreviar los sufrimientos de sus víctimas? En las corridas de toros, á lo menos, se deja sufrir lo menos posible al caballo maltrecho, se le acaba de un golpe, mientras que vosotros, tiernos corazones, echais al morral con la mayor beatitud lo que habéis herido, no reparando en las torturas prolongadas de vuestras víctimas.

Lo mismo hace el inofensivo pescador de caña que para coger el pez, le presenta un doloroso engaño, cubierto de artificio, el cual arranca brutalmente de la boca del inocente que se ha dejado tentar, echándolo vivo al cesto para que muera á sus anchas. Y de este hombre, de una crueldad tanto mayor cuanto más tranquila y premeditada, ¿no se hace el prototipo del hombre bueno y benigno? ¿Me dirán, por acaso, que el dolor está en proporción del tamaño, y que por ser de menos volumen estos animales, no sufren tanto como los de más bulto?

Podría alargar al infinito esta nomenclatura hablando de la crueldad de los tiros de palomos y otras volaterías; pero no acabaríamos nunca esta larga y fatigosa enumeración, si quisiéramos resumir todos los refinamientos que emplea el hombre por darse el placer de matar.

No obstante, no puedo acabar sin decir algunas palabras de las dos grandes diversiones públicas tan decantadas en muchos países, las carreras de caballos y la exhibición de fieras. Las carreras de caballos. ¿Qué encierran en sí bajo el punto de vista moral? Vergonzosas especulaciones conocidas de todo el mundo, robo casi descarado del cual conocemos las tram-

pas que son la ruina de muchos, permitiendo á los que están en el secreto, realizar ganancias escandalosas en un momento. ¿Y bajo el punto de vista de la utilidad? No veo nada, á menos que se quiera considerar como de utilidad los continuos accidentes á gentes y animales que suceden á cada momento. ¿Quiéren un ejemplo entre tantos que se podrían citar? Pues aquí va uno, sacado de los diarios de París, de un acontecimiento muy reciente, y que varía muy poco de otros que se leen frecuentemente. «*Saumur*. Unas Carreras han tenido lugar hoy con ocasión de San Jorge. En la última carrera Mr. Bresson, discípulo oficial del 6.º Coraceros, al saltar una valla ha caído sobre la cabeza. Murió en el acto. Otro discípulo oficial, M. de Benoit, se ha fracturado por completo la rótula.—El baile que debía reunirse esta noche á los oficiales en los salones de la Escuela, ha sido suspendido. ¿Qué les parece esta clase de percances? Pues no obstante no se oye ni un grito de indignación, ni una palabra de protesta.

¿Y las exhibiciones de fieras? ¿No nos traen todavía más á la memoria los juegos bárbaros de los romanos? ¿No vemos en ellas también las fieras que devoran á la vista del público á los que pretenden domarlas? Si se necesita un ejemplo, aquí va para terminar uno tomado de cualquiera parte; no faltan donde escoger: «*Anteanoche*, en una *ménagerie* de Vicenza, el domador Giovanni, de diez y nueve años de edad, habiendo entrado en la jaula central que contenía varios leones para hacerles ejecutar sus saltos acostumbrados, uno de estos se precipitó sobre el desgraciado, lo derribó poniéndose á cavarle las entrañas y desgarrándole los hombros con sus enormes colmillos. La escena fué horrible; varias señoras se desmayaron; el ruido de las fieras atraídas por la sangre, era espantoso. Los espectadores huían despavoridos. El desgraciado joven, llevado al hospital, murió allí en seguida.»

¿Qué les parece á los sentimentalistas, de la barbaridad y horror de esta escena? Escena que no tiene nada de nuevo, ya que se ha repetido en cada domador habido hasta la fecha.

Creo haber dicho lo bastante para que las personas imparciales, que no están sordas á la voz de la libre discusión, ni cegadas por una injusticia y un chauvinismo rayano en la obcecación, puedan juzgar y decir lo que encuentran de tan sumamente salvaje en las corridas de toros comparadas con otros espectáculos para haber alborotado tanto á esa parte de la prensa parisiense, á la cual me refería en un principio, al punto de hacerla olvidar toda cortesía, pues habla nada menos que de echar los españoles y sus juegos fuera del territorio, ni más ni menos que si se tratara de bandidos saqueando una casa.

Se ofrece de V. atento seguro servidor q. s. m. b.

JEAN JUSTICE.

París, 20 de Junio de 1890.

## Toros en Madrid.

12.ª CORRIDA DE ABONO.—29 DE JUNIO DE 1890

Después de las emociones suministradas durante la semana por las noticias de la corrida celebrada en Jerez el día de San Juan, en la que obtuvo una ovación indescribible el ilustre inventor del submarino D. Isaac Peral, soltó algunos bueyes el Sr. Concha y Sierra, y salieron, contusionado el Espartero y herido Guerrita, al poner banderillas, en un muslo, de cuyo accidente sigue mejor afortunadamente y de ello nos congratulamos; sirviéronnos á los empedrinos, pero ya escasos aficionados madrileños, la 12.ª de abono, con toros de los Sres. D. Diego y D. Pablo Benjumea, de Sevilla, y las cuadrillas de Lagartijo y el consabido Lagartijillo; empezando á la hora marcada el correspondiente desfile:

1.º *Cantarero*, colorado, bragado, lucero y caído y adelantado de cuerna.

Con algún poder, pero tardeando y sin recargar, tomó seis varas, dió seis caídas y mató dos caballos.

Los banderilleros de Rafael ceden los palos á Hierro y Maguel, colocando el primero un buen par, y en su turno otro de sobaquillo, malo, y el segundo otro par, cuarteando, de castigo.

Lagartijillo, tomando los trastos de manos de Rafael, brinla y va al toro, que se encuentra quedado y defendiéndose, y le pasa con fatiga, ayudado por el maestro, acercándose poco y descubriéndose más de lo conveniente.

Después de intentar en dos ocasiones arrancarse, estando por completo humillado, dió una corta, echándose fuera, otra igual, en la misma forma y con idéntico defecto, un pinchazo sin soltar y una estocada honda, un tanto cruzada.

2.º *Aceitunero*, ensabanado, capirote, careto, remendado y corto y fino de cuernos.

Tomó 12 varas por una caída y un caballo muerto.

Los banderilleros de Rafael, con los palos cedidos por los de Lagartijillo, colocan dos y medio pares, correspondiendo uno y medio á Manene y otro al Ostión.

Lagartijo empieza su faena después de haber saltado el toro por el 6, y de una serie regular de capotazos, dándole tres pases con la derecha y un natural, perdiendo terreno, y engendrados de lejos y á paso de banderillas, da una corta, que arrojó el animal, otra entera y caída del lado contrario, media delantera y baja, que hizo entera el

bicho, pisando la muleta prendida en el puño del estoque, y que bastó para que, echándose, rematara el puntillero.

3.º *Conejero*, negro listón, bragado, de bonita lámina y bravo, pero de poca edad.

Tomó 10 varas, dió tres caídas y mató tres caballos.

Salen de primeras Antolín y prende un buen par, al cuarteo, y Juan, tras dos salidas falsas, otro regular, terminando el primero con otro bueno, muy aplaudido.

Lagartijo, solo y sin parar, dió tres pases regulares, y desde lejos un pinchazo, tomando hueso.

Seguio con desconfianza, porque el animal se le coló tres veces y aprovechó la querencia á un caballo muerto para descabellarle estando el toro completamente vivo.

4.º *Tejón*, berrendo en colorado y lastimado de las patas; el público pidió con insistencia que fuese retirado, y el Presidente no accedió, tomando el bicho, entre las protestas del público, nueve varas por cuatro caídas y tres caballos muertos.

Salen á parear Barberillo y Hierro, y siguen las protestas, un tanto injustificadas, porque el toro no hace mala faena en varas y el defecto no es de los que pueden impedir su buena lidia; colocando el primero un par desigual, al cuarteo, y medio á la media vuelta, y el segundo otro malo, sin dejar llegar.

Continúa la grito al Presidente, cuando Lagartijillo va hacia su enemigo, que se encuentra algo huido, pero sin querer coger, y con unos cuantos pases sin rematar entra á herir, dejando una estocada corta y atravesada; una laboriosa faena prepara el descabello, que no efectúa, pero el animal se echa y remata el puntillero.

5.º *Canito*; berrendo en negro, capirote, botinero, buen mozo y abierto de cuernos. Empezó recargando en una vara, y terminó el primer tercio con voluntad, pero sin poder. Tomó diez varas, dió cuatro caídas y mató un caballo. Ostión pone un gran par cuadrando en la cabeza, y Manene medio al cuarteo, pasado, y otro medio igual, perdiendo turno el primero por cortesía.

Rafael da dos naturales buenos, y sigue pasando con tranquilidad á intervalos, pero sin llegar á confiarse por completo; y una vez cuadrado se arranca con un volapié contrario, saliendo por pies.

El toro se echó y el puntillero remató á la tercera.

6.º *Madrileño*; negro entrepelado, listón y cornipaso.

Poco codicioso, pero certero en las acometidas, tomó ocho varas por cuatro caídas y tres caballos muertos. Entre Maguel y Barberillo le clavan tres pares, dos muy malos, y pasa á manos de Lagartijillo, que empieza bien, sufre dos coladas, y sin arte deja una estocada arrancando y saliendo mal, intentando el descabello con la puntilla.

### EL GANADO

Abreviando, podemos decir que en un justo medio consiste la virtud. Los toros de Benjumea no fueron malos ni buenos, habiéndolos á la par bonitos y feos, y jóvenes y viejos, pero todos finos de pelo y arreglados de carnes. Dos de ellos nos parecieron algo resentidos, pero sin gran impedimento. Para las picas fueron voluntarios en general; se dejaron parear sin resabios, y hasta en el último tercio se promediaron, esto es, tres fueron nobles y otros tres se bastardearon tendiendo á la huida y aproximándose á bueyes.

### LOS MATADORES

**Rafael.**—Vestido de morado y oro, toreó al segundo que huía, en defensa, con gran número de pases, sin sobresalir ninguno, é hirió como es consiguiente desde lejos.

Al tercero, que empezó colándose algunas veces, no de malicia sino de codicia, lo tomó ya después con desconfianza y lo amartilló en la querencia de un jaco muerto, para descabellarle con premeditación, sin haber mediado más que un pinchazo insignificante. Lamentable efecto nos causó esta faena del diestro, sabiendo lo que puede y no hallando en el torillo condiciones justificativas para tal proceder.

Y en el quinto también pudo lucirse un tanto más con el trapo, y hubiera resultado de más efecto el volapié contrario con que terminó su cometido, puesto que entró á él con coraje, aunque saliese por la cara.

Solicito ayudando á su compañero; bregando con elegancia y oportunidad en quites, y tolerante (ya es sabido), en la dirección.

**Lagartijillo.**—El primer pavo era dificultoso de lidiar para el joven espada en los medios, ofreciendo más alivio en las tablas, donde lo encaminaron con acierto. El trabajo de muleta se compuso de medios pases, y no se metió de verdad ni una sola vez de las cuatro que pinchó; pues de lo contrario se habría quedado con el enemigo en la segunda, que agarraba los blandos. Es decir, que ratificó la creencia de que tiene que estudiar muy detenidamente la colocación en la suerte. Al cuarto, que estaba sin facultades, lo tomó con solo tres pases, entrando bien, para media estocada con tendencias.

Y en el último, que alargaba el hocico, tuvo tanto de valiente como de inexperto, queriendo esperar casi encunado, y enmendándose luego del peligro, para dejarse caer en corto con una estocada, la mejor colocada de la tarde.

Bregando en quites, Moreno, que vestía negro y oro, manejó bien el capote, á ratos, y á ratos se hizo un lío con el mismo.

Con las banderillas, Antolín y Ostión superiores, y con la capa, Juan Molina.

De los picadores, el Calesero mojando mucho y mal.

La Presidencia acertada; sí, señor, acertada. Un toro que hace buena pelea, aunque tenga algún ligero defecto, no debe ir al corral. Y á *Jaquetón* me remito.

La tarde buena, y la entrada... ¡que lo diga la Empresa!

DON CÁNDIDO.